

*México en tres tiempos.  
Una propuesta de periodización de  
la historiografía mexicana de la etapa  
independiente*

---

BENJAMÍN FLORES HERNÁNDEZ

*Departamento de Historia / UAA*

La conciencia de la importancia del estudio de la historiografía es una de las grandes aportaciones de la llamada “historia de las ideas”, de tan notoria presencia en todo el ámbito académico occidental en la primera mitad del siglo XX, según se definió a partir de los planteamientos de teóricos como Wilhelm Dilthey, Benedetto Croce o Robin George Collingwood. En nuestro país, fue hacia la cuarta y quinta décadas de la centuria cuando se incorporó definitivamente al currículum de los historiadores en formación; para su desarrollo y arraigo resultaron convergentes aquí los esfuerzos de buena parte de los *trasterrados* españoles que por entonces arribaron, paradigmáticamente Ramón Iglesia y José Gaos, y los de quienes, como Edmundo O’Gorman, ya se habían empezado a acercar en México a las corrientes vitalistas o existencialistas representadas entonces por José Ortega y Gasset o Martin Heidegger.

En verdad que la manera de acercarse al pasado —de entenderlo, de investigar en él, de difundirlo y de utilizarlo en la elaboración de los proyectos comunitarios de vida— es un ingrediente fundamental de la cultura propia de una sociedad. Y, así, para el conocimiento de lo que ésta es en su más profunda realidad, resulta indispensable el estudio de su historiografía. Así, por ejemplo, la forma de escribir en cada momento sucesivo la historia

propia de una nación es dato imprescindible para detectar la evolución de la conciencia que ésta ha ido teniendo de su propia nacionalidad y, en consecuencia, de cómo ha ido planeando su futuro.

De ahí el interés de volver una y otra vez a la revisión de la historiografía mexicana, para encontrar en su estudio cómo es que los mexicanos fueron elaborando el concepto de su propio ser nacional: cómo fue que acudiendo al pasado –verbigracia, las culturas prehispánicas, la aparición de la Virgen de Guadalupe, la multivalente epopeya de la Conquista-, los criollos del siglo XVIII descubrieron un ser propio que oponer al de la metrópoli; que estableciendo una mitología basada en supuestos acontecimientos históricos, gente como Carlos María de Bustamante o fray Servando Teresa de Mier fomentó la cohesión entre sus compatriotas, o que utilizando una filosofía de ocasión –el positivismo- los vencedores del 1867 y sus sucesores justificaron su propio triunfo y la destrucción de sus enemigos y aventaron hacia el futuro infinito la seguridad de que para siempre correspondería a ellos ser los custodios de la esencia nacional y los incuestionables detentadores del poder.

Por otra parte, para tratar de sistematizar cómo se fue realizando esa sucesiva reinterpretación del propio ser de los mexicanos como *nación*, resultará conveniente recordar que para la comprensión de la historiografía local, como para la de cualquier otra historia, es siempre muy útil periodizarla. Como asienta Luis González en *El oficio de historiar*:

Al volver la vista hacia atrás el filósofo ve un mundo que desciende, sube, da vueltas o corre desde un origen a una meta. El cronista ve una pululación de personas, nombres, batallas, leyes, libros, fechas, discursos, obreros, minas, ganados y sucesos de toda clase. El historiador está hecho para percibir periodos, espacios, grupos de hombres y actividades etiquetadas. Por regla general, es tan malo para la contemplación del bosque como para ver una a una las hojas de los árboles. El historiador se preocupa y ocupa en cortes cronológicos, geográficos, demográficos y culturales [-o temáticos, podríamos agregar-]. La periodización es algo que le incumbe directamen-

te. El mundo histórico se ofrece a sus ojos hecho trizas temporales, espaciales, antropológicas y axiológicas.<sup>1</sup>

Frente a la masa informe de recuerdos, testimonios y huellas que quedan del pasado no hay más que “ordenar” aquello que se quiere entender. Lo que sí, que para llevar a cabo ese tan necesario ordenamiento, conviene que el historiador, como decía José Gaos en sus “Notas sobre la historiografía”, cuide “de que los marcos en que encuadre su materia no los imponga a ésta un antemano extrínseco a ella, sino que sean los sugeridos por la articulación con que lo histórico mismo se presenta”,<sup>2</sup> es decir, que se realice “nomotéticamente”, según el término acuñado por el citado Luis González.

Si la historiografía tiene que ver con lo que el hombre ha hecho a través del tiempo y con lo que en el transcurso de éste le ha ido sucediendo, parece que la más natural división del pasado humano sea la que se refiere a la manera en que el hombre se encuentra insertado en el tiempo y en que éste incide sobre él; o sea, la de las edades sucesivas por las que atraviesa: niñez, adolescencia, juventud, edad adulta y vejez. Es decir, la que atiende a las generaciones que sucesivamente se van entrelazando dialécticamente en el seno de una sociedad, formada cada una por quienes conviven coetáneamente como niños, adolescentes, jóvenes, etcétera.

Este es el enfoque que he querido utilizar ahora para el acercamiento a la historiografía mexicana de los siglos XIX y XX. Estoy seguro que resultará el adecuado para encontrar en ella el hilo conductor que explicita cómo es que, a través de doscientos

---

1 Luis González y González, *El oficio de historiar*, México, Clío. El Colegio Nacional, 1995 (Obras completas de Luis González y González, I), 358 pp., p. 49.

2 José Gaos, “Notas sobre la historiografía”, en Álvaro Matute, comp., *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, SEP, 1974 (Sep/Setentas, 126), 207 pp., pp. 66-93, p. 86.

años, los habitantes de un cierto lugar específico de la tierra quisieron sentirse como partícipes en una misma tradición, en una misma situación existencial y en un mismo proyecto; es decir, en una misma cultura.

#### PLANTEAMIENTO

Tomando en cuenta las consideraciones señaladas propongo un primer intento de periodizar a los historiadores mexicanos de los últimos doscientos años. Estoy cierto de que con ello puede contribuirse de una manera significativa a la determinación de lo que ha ido siendo nuestro país a través del tiempo.

El punto de partida para el empeño ha sido el establecimiento de las diecisiete generaciones de mexicanos que, desde mediados del siglo XVIII y hasta la actualidad, se han acercado al pasado nacional. Sin mayores comentarios teóricos sobre el asunto, baste decir que para la determinación de tales generaciones me baso fundamentalmente en los lineamientos que para definir la estructura generacional de una sociedad establece Julián Marías en *El método histórico de las generaciones*<sup>3</sup> y en otros textos, donde señala que es cada quince años cuando aparece una nueva ola de participantes activos en el escenario colectivo. Por lo demás, las series de historiadores que aquí establezco se corresponden casi exactamente con los grupos a los que alude Luis González en la obra mexicana clásica sobre la materia: *La ronda de las generaciones*.<sup>4</sup>

Una vez formulado el listado generacional, enseguida se destaca la presencia de tres etapas fundamentales sucesivas en la forma y sentido de la actividad profesional de los historiadores

---

3 Julián Marías, *El método histórico de las generaciones*, 3ª. ed., Madrid, Revista de Occidente, 1961, 194 pp.

4 Luis González, *La ronda de las generaciones. Los protagonistas de la Reforma y la Revolución Mexicana*, México, SEP Cultura, 1984 (Foro 2000), 131 pp.

mexicanos. Una primera reflexión sobre lo allí encontrado es lo que pretende el presente artículo, adelanto para una tarea que contemple los siguientes cuatro puntos:

1. Integrar el catálogo completo de quienes en nuestro país se han dedicado a escudriñar en el pasado.
2. Ubicar a todos los historiadores de los que se llegue a tener noticias dentro del tiempo preciso en que vivieron, para así comprender más adecuadamente el sentido de su obra.
3. Captar la “dirección” de la evolución de la historiografía mexicana, especialmente en lo que tiene de forma de entender a la propia nacionalidad.
4. A partir del hallazgo de lo que la historia como conocimiento, como teoría y como comprensión de la propia nacionalidad ha sido y es en el presente, enriquecer la imagen de lo que la entidad “México” ha ido significando a través del tiempo para los mexicanos y lo que pueda ser para los próximos tiempos.

En cuanto a los enfoques y perspectivas a tomarse en cuenta al avanzar en el estudio, éstos no podrán menos que considerar que la historiografía es una tarea humana dirigida a la definición de la propia situación, encontrando sus raíces en el pasado, y que tal tarea implica:

1. Una investigación y una comunicación de lo hallado a través de esa investigación.
2. Una relación entre el historiador y el público al que se dirige para informarle de lo que encontró.
3. Una utilización ideológica de lo que “se sabe” acerca del pasado: un discurso, que puede corresponder con el “oficial” o con el de alguna de las “oposiciones”.

En este sentido, en la historiografía hay que considerar lo que ésta tiene que ver con la historia de la educación y con la historia de la representación cultural. Muy particularmente, es de recordarse que la historiografía forma parte de la historia de la literatura puesto que la historia es, entre otras cosas, un género

literario.

También será importante ver a la historiografía en su relación con la historia del libro, o de las publicaciones en general, puesto que el lugar en donde por excelencia han quedado plasmados los resultados de las investigaciones históricas ha sido en las publicaciones (periódicos, libros, revistas). Esto nos lleva de la mano a la consideración de la historiografía en sus imbricaciones con la historia de la escritura, de la lectura y de la edición. En cuanto a esto, vale la pena recordar lo que apunta Roger Chartier en el prólogo a la edición española de *El mundo como representación*:

Las obras... no tienen un sentido estable, universal, fijo. Están investidas de significaciones plurales y móviles, construidas en el reencuentro entre una proposición y una recepción, entre las formas y los motivos que les dan su estructura y las competencias y expectativas de los públicos que se adueñan de ellas.<sup>5</sup>

Además, no hay que olvidar la existencia simultánea e interrelacionada de una historia *oficial* y de una(s) historia(s) *contestataria(s)*, aparte de una historia ortodoxa y otra heterodoxa.

Todo lo cual se apunta aquí sólo para recordar la complejidad del asunto y la amplia variedad de perspectivas que hay que considerar para lograr una visión “de conjunto” acerca de lo que ha sido la historiografía en nuestro país a lo largo de los años.

Concretamente, dentro de cada uno de los grupos considerados habrán de precisarse, entre otras, las siguientes circunstancias:

1. El tiempo que vivió cada uno.
2. Otras actividades y funciones propias de la generación de que se trate.
3. Inventario de historiadores.

---

5 Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, 2ª. ed., tr. de Claudia Ferrari, supervisión técnica de José María Pérez de Perceval, Barcelona, Gedisa editores, 1995, XII, 276 pp., (Historia), p. XI.

4. La tarea de la historiografía para esa generación.
5. Los historiadores y la investigación.
6. Los historiadores y la educación: docencia, libros de texto.
7. Géneros literarios utilizados en la escritura de la historia. Por ejemplo, novela histórica.
8. Los historiadores y la publicación.
9. Temáticas abordadas.
10. Formación del historiador.
11. Teoría y filosofía de la historia.
12. Organización gremial.
13. El historiador y la vida nacional.

#### TRES MOMENTOS, TRES ACTITUDES, TRES TAREAS

A partir de la identificación de trece generaciones sucesivas de historiadores en la vida del México independiente hasta los años finales del siglo XX, más otras cuatro previas a la separación de España, se presenta aquí una propuesta de dividir a la historia de la historiografía nacional en tres grandes periodos, cada uno de ellos definido por una actitud muy representativa con respecto a la manera de acercarse al pasado para encontrar en él una explicación a la realidad nacional y, en consecuencia, un sentido para la acción sobre ella:

1. Periodo formativo (1810-1867). Inventar a México.
2. Consolidación republicana (1867-1920). Definir a México.
3. Nuevo orden “revolucionario” (1920-1988). Mantener a México.

Dentro de cada uno de tales periodos participaron tres generaciones, y en el tránsito de uno a otro se encuentra la presencia de una más.

Antes del primero de esos periodos se considera uno anterior, integrado por autores de unas generaciones previas nacidas y formadas en un ambiente todavía plenamente novohispano, pero en las cuales puede ya observarse un interés por acudir al pasado

del territorio americano en el que habitan para encontrar en él algo que les otorgue una patria propia, diferente a la de los españoles peninsulares:

#### 0. Etapa previa (1750-1810). Descubrir a México

Después de la tercera etapa, en los últimos diez o veinte años, puede detectarse el inicio de la actividad de otra posterior, a la que provisionalmente se nombra “En demanda de la ‘modernidad’”, apenas en su fase inaugural, la cual parece significar un cambio importante en la práctica historiográfica mexicana, principalmente en el sentido de una apertura hacia la comprensión de la historia como múltiple y universal:

#### 4. En demanda de la “modernidad” (después de 1988). Trascender a México

A continuación paso a señalar algunas de las características de los cinco momentos indicados, mencionando cuáles son las generaciones que participan en cada uno, e incluyendo alguna referencia textual en la que se haga explícita la manera de acercarse a la historia típica de entonces.

Se incluye el listado de las trece generaciones consideradas, que por lo demás no son sino las trece generaciones de mexicanos que han participado en la vida nacional desde el momento de la independencia, a principios del siglo XIX, y prácticamente hasta nuestros días. Conviene mencionar que, según mi forma de ver las cosas, las generaciones las constituyen no grupos especiales o élites sino *todos* los miembros de una sociedad determinada que tienen la misma edad —es decir, que son niños, jóvenes, adultos o viejos en el mismo tiempo—, sea cual sea su sexo, su posición o la actividad a la que se dediquen. Así, los que aparecen en la serie son algunos (252) —que no todos, y ni siquiera necesariamente los más importantes sino sólo aquellos de quienes se en-



contraron datos a la mano, por lo demás a veces incompletos- de los historiadores miembros de la generación de que se trate, para caracterizar mejor a la cual se agregan los nombres de los presidentes de la República también pertenecientes a ella. Estoy consciente de que “no están todos los que son”, aunque sí he procurado que “sean todos los que están”. Sobre todo, sé que faltan muchos de quienes han cultivado la historia regionalmente. Para ubicar mejor la tanda, se alude asimismo a las cuatro generaciones precedentes, a las que corresponde el “descubrimiento” de México.

Debido a la importancia que para el país tuvieron los españoles que se incorporaron al quehacer historiográfico nacional sobre todo al fin de la Guerra Civil de 1936-1939, también se coloca una breve serie de las generaciones hispanas a las que ellos pertenecían.

#### O. ETAPA PREVIA (1750-1810, APROXIMADAMENTE).

ÉPOCA TÍPICA: “LOS MIL SETECIENTOS OCHENTAS”

Se estudia historia para recuperar un pasado, que se quiere sentir propio (el prehispánico, que se asimila como la “historia antigua” del México en el que se está).

El discurso del historiador es erudito; el historiador es un humanista ilustrado.

La mirada del historiador está puesta en el pasado, que se ve con curiosidad.

La pregunta central de los historiadores del periodo es: ¿qué fue el México antiguo y cómo es parte de nuestra propia historia?

La historia se difunde en ensayos eruditos.

#### *MOMENTOS:*

##### a) Generación de Veytia y Viera.

0.1 Nacidos hacia 1712 (entre 1705 y 1719) (Francisco Xavier Gamboa)

Producción (de 30 a 75 años): 1742-1787

*Generación del último barroco mexicano* (1742-1772). Irrumpe 1742

1718-1790 Mariano Fernández de Echeverría y Veytia

1719-1781 Juan de Viera

b) Generación de Clavijero y Alegre.

0.2 Nacidos hacia 1727 (entre 1720 y 1734) (el arquitecto Guerrero y Torres)

Producción (de 30 a 75 años): 1757-1802

*Generación del humanismo "nacionalista"* (1757-1787). Irrumpe 1757

1729-1788 Francisco Xavier Alegre

1731-1787 Francisco Xavier Clavijero

c) Generación de Alzate y de León y Gama.

0.3 Nacidos hacia 1742 (entre 1735 y 1749) (Bartolache)

Producción (de 30 a 75 años): 1772-1817

*Generación de los ilustrados "a la mexicana"* (1772-1802). Irrumpe 1770

1735-1802 Antonio de León y Gama

1737-1799 José Antonio de Alzate

1737-1805 Manuel Fabri

1739-1803 Andrés Cavo

1741-1820 Pedro José Márquez

1744-1802 Juan Luis Maneiro

1748-1812 José Antonio Pichardo

La obra representativa sería la de Clavijero (*Historia antigua de México*). Allí, el autor explica de esta manera su intención y su estado de ánimo al ponerse a escribir:

La historia antigua de México que he emprendido para evitar la fastidiosa y reprehensible ociosidad a que me hallo condenado, para servir del mejor modo posible a mi patria, para restituir a su esplendor la verdad ofuscada por una turba increíble de escritores modernos de la América, me ha sido no menos fatigosa y difícil que dispendiosa.<sup>6</sup>

---

6 Francisco Xavier Clavijero, *Historia antigua de México*, pról. de Mariano Cuevas, México, Porrúa, 1964, XXXVII, 621 pp., (Sepan cuantos..., 29), p. XI. La cita está tomada del "Prólogo del autor". La primera edición, en italiano, de esta obra, data de 1780.

La generación de transición hacia la siguiente etapa es la de Beristáin y Primo de Verdad:

0.4 Nacidos hacia 1757 (entre 1750 y 1764) (Hidalgo)

Producción (de 30 a 75 años): 1787-1832

*Generación de los “criollos autonomistas”* (1787-1817). Irrumpe 1790

1756-1817 José Mariano de Beristáin y Souza

1760-1808 Francisco Primo de Verdad y Ramos

1. PERIODO FORMATIVO (1810-1867, APROXIMADAMENTE).

ÉPOCA TÍPICA: “LOS MIL OCHOCIENTOS CUARENTAS”

- Se estudia historia para inventar el futuro (que de este modo será el resultado de la voluntad informada).
- El discurso del historiador es romántico-realista; el historiador es un político.
- La mirada del historiador está puesta en el futuro, que se ve con incertidumbre.
- La pregunta central de los autores de entonces fue: ¿qué, cómo debe ser México?
- La historia se difunde en los periódicos.

*Momentos:*

a) Generación de Bustamante y fray Servando.

1.1. Nacidos hacia 1772 (entre 1765 y 1779) (Morelos. Presidente: Bustamante)

Producción (de 30 a 75 años): 1802 a 1847

*Generación de la independencia* (1802-1832). Irrumpe 1808

1765-1827 Fray Servando Teresa de Mier

1774-1848 Carlos María de Bustamante

1775-1833 Tadeo Ortiz

1775-1843 Miguel Ramos Arizpe

1776-1827 José Joaquín Fernández de Lizardi

b) Generación de Alamán y Mora.

1.2 Nacidos hacia 1787 (entre 1780 y 1794) (Iturbide. Presidente: Santa Anna)

Producción (de 30 a 75 años): 1817 a 1862

*Generación de los fundadores de la nacionalidad* (1817-1847). Irrumpe 1821

1787-1862 José María Bocanegra

1788-1836 Lorenzo de Zavala

1789-1853 José María Tornel y Mendívil

1792-1853 Lucas Alamán

1794-1850 José María Luis Mora

c) Generación de José Fernando Ramírez y Larráinzar

1.3 Nacidos hacia 1802 (entre 1795 y 1809) (Presidentes: Arista y Juárez)

Producción (de 30 a 75 años): 1832 a 1877

*Generación de la derrota frente a Estados Unidos* (1832-1862). Irrumpe 1833

1799-1860 José Justo Gómez de la Cortina

1799-1867 Luis G. Cuevas

1799-1875 Anastasio Zerecero

1803-1862 Bernardo Couto

1803-1869 Juan N. Almonte

1804-1871 José Fernando Ramírez

1809-1869 José María Lacunza

1809-1884 Manuel Larráinzar

La obra representativa sería la de Alamán (primero sus *Disertaciones* y luego la *Historia de México*). En el primero de tales libros explicó de este modo para qué se acercaba al pasado nacional, como la mejor forma de conocer el cómo y el por qué se ha llegado a ser lo que se es:

El objeto que me propongo en estas disertaciones es examinar los puntos más importantes de nuestra historia nacional, desde la época que se estableció en estas regiones el dominio español, es decir, desde que tuvo principio la actual nación mexicana y seguir a ésta en sus diversas vicisitudes, hasta el momento en que vino a constituirse en nación independiente. Ningún estudio puede ser más importante que el que nos conduce a conocer cuál es nuestro origen, cuáles los elementos que componen nuestra sociedad, de dónde dimanen nuestros usos y costumbres, nuestra legislación, nuestro actual estado religioso, civil y político: por qué medios hemos llegado al punto en que estamos y cuáles las dificultades que para ello ha habido que superar. Si la historia en general es un estudio necesario para conocer a las naciones y a los individuos, y para guiarnos en lo venidero por la experiencia de lo pasado, este estudio es todavía más importante cuando

se trata de nosotros mismos y de lo que ha sucedido en la tierra que habitamos; cuando se versa sobre nuestros intereses domésticos y sobre lo que más inmediatamente nos toca y pertenece.<sup>7</sup>

El historiador se sabe parte de la historia, y no tiene empacho en esgrimir su interpretación del pasado como un argumento político que aventar en la cara de sus enemigos. José María Luis Mora lo declaraba paladinamente en *México y sus revoluciones*, el libro que publicó en París durante 1836 y al cual Agustín Yáñez clasifica como “más que una obra de historia... es una tesis y un diagnóstico sobre México, bajo la idea del progreso, entendido como reforma”<sup>8</sup>:

Pretender o exigir la imparcialidad de un escritor contemporáneo es la mayor extravagancia... La historia contemporánea no es ni puede ser otra cosa que la relación de las impresiones que sobre el escritor han hecho las cosas y las personas, y cuando esta relación es fiel, es decir cuando trasladada al papel las impresiones recibidas tales como ellas se han hecho sentir, el escritor que no puede aspirar al honor de imparcial logrará la reputación de sincero y habrá cumplido si no en cuanto debe a lo menos en cuanto puede con su siglo y con la posteridad.<sup>9</sup>

Así pues, en uno y en otro autor de signo contrario, el “reaccionario” y el “revolucionario”, la historia se utiliza como flecha envenenada que disparar al adversario para aniquilarlo: bien como sustento de una tradición que resguardar, bien como el lugar en el que se está llevando a cabo la urgente renovación social.

La generación de transición hacia la siguiente etapa es aquella a la que pertenecieron Guillermo Prieto y Orozco y Berra:

---

7 Lucas Alamán, *Disertaciones*, 3 tt., 2ª. ed., México, Editorial Jus, 1969 (Colección México Heroico, 83, 84 y 85), t. I, p. 7. Se trata del inicio de la primera disertación, que data de 1844.

8 José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, ed. y pról. de Agustín Yáñez, 2ª. ed., 3 vv., México, Porrúa, 1965 (Colecciones de escritores mexicanos, 59, 60 y 61), t. I, p. VII.

9 *Ib.*, t. I, p. 7.

1.4 Nacidos hacia 1817 (entre 1810 y 1824) (Presidentes: Comonfort, Zuloaga y Lerdo)

Producción (de 30 a 75 años): 1847 a 1892

*Generación de la Reforma* (1847-1877). Irrumpe 1854

1810-1894 Manuel Payno

1812-1889 Francisco de P. Arrangoiz

1813-1875 José María Lafragua

1814-1861 Justo Sierra O'Reilly

1816-1881 Manuel Orozco y Berra

1817-1850 Mariano Otero

1818-1897 Guillermo Prieto

1823-1891 José María Iglesias

1824-1916 Agustín Rivera

## 2. CONSOLIDACIÓN REPUBLICANA (1867-1920, APROXIMADAMENTE).

ÉPOCA TÍPICA: “LOS MIL OCHOCIENTOS NOVENTAS”

- Se estudia historia para justificar el presente (que es resultado de una evolución).
- El discurso del historiador es científico-positivista; el historiador se siente a sí mismo y se presenta ante los demás como un científico.
- La mirada del historiador está puesta en el presente, que se ve con optimismo.
- La pregunta principal que intenta resolver el historiador con su acercamiento al pretérito es: ¿Qué ha sido México?
- El lugar principal para la difusión de la historia son los libros.

*Momentos:*

### a) Generación de Riva Palacio y Altamirano

2.1 Nacidos hacia 1832 (entre 1825 y 1839) (Presidentes: Miramón y Díaz)

Producción (de 30 a 75 años): 1862 a 1907

*Generación de la restauración de la República* (1862-1892). Irrumpe 1862

1825-1894 Joaquín García Icazbalceta

1827-1893 Juan E. Hernández y Dávalos

1827-1908 José María Roa Bárcena

1829-1869 Francisco Zarco  
1829-1909 José María Vigil  
1831-1913 Juan A. Mateos  
1832-1893 Emilio del Castillo Negrete  
1832-1896 Vicente Riva Palacio  
1832-1912 Antonio García Cubas  
1836-1893 Ignacio M. Altamirano  
1836-1924 Irene Paz  
1839-1911 Manuel Muro Rocha  
1839-1912 Manuel Sánchez Mármol

b) Generación de Justo Sierra y Bulnes

2.2 Nacidos hacia 1847 (entre 1840 y 1854) (Presidente: Huerta)

Producción (de 30 a 75 años): 1877 a 1922

*Generación de los "científicos"* (1877-1907). Irrumpe 1877

1840-1921 Ignacio Montes de Oca y Obregón

1841-1906 Alfredo Chavero

1842-1916 Francisco del Paso y Troncoso

1844-1915 Vicente de Paúl Andrade

1844-1917 Julio Zárate

1847-1906 Genaro Raigosa

1847-1924 Francisco Bulnes

1848-1912 Justo Sierra

1848-1925 Francisco Sosa

1850-1913 Bernardo Reyes

1850-1932 Juan Francisco Molina Solís

1851-1918 Pablo Macedo

1851-1930 Ricardo García Granados

1852-1916 Gilberto Crespo y Martínez

1852-1931 Francisco A. Flores

1854-1912 Porfirio Parra

c) Generación de González Obregón y Nicolás León

2.3 Nacidos hacia 1862 (entre 1855 y 1869) (Presidente: Carranza)

Producción (de 30 a 75 años): 1892 a 1937

*Generación del modernismo* (1892-1922). Irrumpe: 1892

- 1855-1930 Luis García Pimentel  
 1856-1920 Francisco Plancarte y Navarrete  
 1856-1927 Wistano Luis Orozco  
 1856-1928 Miguel S. Macedo  
 1856-1932 Francisco Elguero  
 1856-1942 Fernando Iglesias Calderón  
 1856-1946 Ignacio J. del Villar Villamil  
 1857-1914 Luis Pérez Verdía  
 1858-1938 Miguel Salinas Alanís  
 1859-1929 Nicolás León  
 1859-1945 Manuel Brioso y Candiani  
 1860-1953 Primo Feliciano Velázquez  
 1861-1941 Carlos Díaz Dufío  
 1863-1910 Ricardo Ortega y Pérez Gallardo  
 1864-1935 Nicolás Rangel  
 1864-1936 Francisco Orozco y Jiménez  
 1864-1941 José Lorenzo Cossío y Soto  
 1864-1948 Emeterio Valverde Téllez  
 1865-1925 Francisco A. de Icaza  
 1865-1938 Luis González Obregón  
 1867-1920 Genaro García  
 1867-1931 Victoriano Salado Álvarez  
 1867-1937 Jesús Galindo y Villa  
 1868-1940 Andrés Molina Enríquez  
 1868-1946 Ezequiel A. Chávez

Tal vez la obra más representativa de la historiografía mexicana de ese momento sea la de Justo Sierra (*México: su evolución social*, texto colectivo dirigido por Sierra). En la parte compuesta en dicho libro por el propio don Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, muchas veces reeditada, en una síntesis que desde entonces permanece como el paradigma de la versión oficial de nuestro pasado, se explica de este modo la *evolución* que ha dado origen a esta “persona nacional” en trance de convertirse en “dueña de sí misma” que es México:



México no ha tendido más que dos revoluciones, es decir, dos aceleraciones violentas de su evolución, de ese movimiento íntimo originado por el medio, la raza y la historia, que impele a un grupo humano a realizar permanentemente un ideal, un estadio superior a aquel en que se encuentra; movimiento que, por el choque de causas externas, casi siempre se precipita, a riesgo de determinar formidables reacciones; entonces, lo repetimos, es una revolución. La primera fue la independencia, la emancipación de la metrópoli... La segunda fue la Reforma, fue la necesidad profunda de hacer establecer una constitución política... En el fondo de la historia ambas revoluciones no son sino dos manifestaciones de un mismo trabajo social; emanciparse de España fue lo primero; fue lo segundo emanciparse del régimen colonial; dos etapas de una enorme obra de creación en una persona nacional dueña de sí misma.<sup>10</sup>

El mismo optimismo desbordante basado en la seguridad de que México “por fin”, superadas ya las asechanzas extrañas que durante tanto tiempo se habían empeñado en obstaculizar su —de todos modos— ineludible marcha hacia el progreso, estaba ya presente en la otra edición historiográfica cumbre del periodo, *México a través de los siglos*, publicada con el mismo lujo que *México: su evolución social* una docena de años atrás por la propia casa catalana de J. Ballestrá. A su final, José María Vigil, autor del postrero de sus cinco volúmenes —coordinados todos por Vicente Riva Palacio—, había fechado en enero de 1889 estas afirmaciones que le salían del alma al completar su revisión del pretérito inmediato patrio (las guerras de Tres Años y contra la Intervención y el Imperio):

Intensa es la satisfacción que se siente al fijar la vista en el camino recorrido; al considerar la evolución consumada por una sociedad joven, que sin ayuda extraña, y antes bien, luchando con perniciosas influencias de dentro y de fuera del país, ha logrado sacudir preocupaciones funestísimas, establecer los principios de una reforma radical, perfeccionar el grandioso edifi-

---

10 Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, ed. establecida y anotada por Edmundo O’Gorman, 1<sup>a</sup>. reimpr., México, UNAM, 1977, 426 pp. (Obras completas, XII), pp. 251 y 252. Como se recuerda, *México: su evolución social* se publicó originalmente durante 1900 y 1901.

cio de su constitución política, asegurar su existencia como nación independiente, y poner en acción todos los elementos de su vida moral y material.<sup>11</sup>

La transición hacia el siguiente periodo historiográfico se da con la generación de Alberto M. Carreño y Carlos Pereyra:

2.4 Nacidos hacia 1877 (entre 1870 y 1884) (Presidentes: Madero, Obregón, Calles)

Producción (de 30 a 75 años): 1907 a 1952

*Generación de la Revolución de 1910* (1907-1937). Irrumpe 1910

1870-1940 Marcos E. Becerra

1870-1954 Agustín Aragón

1870-1954 Manuel Mestre Ghigliazza

1871-1942 Carlos Pereyra

1872-1961 Carlos R. Meneses

1873-1952 Alfonso Toro

1873-1958 Jorge Vera Estañol

1875-1958 Jesús García Gutiérrez

1875-1962 Alberto M. Carreño

1876-1954 Luis Cabrera

1878-1965 Fernando Ocaranza

1878-1852 Guillermo Tritschler y Córdova

1879-1949 Mariano Cuevas

1879-1957 Vito Alessio Robles

1880-1944 Luis Castillo Ledón

1880-1968 Manuel Romero de Terreros y Vinent

1881-1952 Félix F. Palavicini

1881-1972 Juan Bautista Iguíniz

1882-1959 José Vasconcelos

1882-1964 Isidro Fabela

---

11 Vicente Riva Palacio, dir., *México a través de los siglos*, 10 tt., México, Editorial Cumbre, 1988, 23ª. ed., 2ª. reimpr., t. X, p. 396. Ya se sabe que la edición original de esta monumental obra se hizo en cinco tomos por J. Ballezá y Compañía, editor barcelonés, entre 1884 y 1889.

1883-1946 Antonio Caso

1883-1960 Manuel Gamio

3. EL NUEVO ORDEN “REVOLUCIONARIO” (1920-1988, APROXIMADAMENTE). ÉPOCA TÍPICA: “LOS MIL NOVECIENTOS CINCUENTAS”.

- Se estudia historia para entender el presente (que se conviene en que es el resultado de un devenir).
- El discurso del historiador es dialéctico-historiológico; el historiador, ahora, ha llegado a definirse fundamentalmente como un académico.
- La mirada del historiador parte del presente, y es escéptica.
- La pregunta a la que van a contesar los autores entonces es: ¿Cómo ha llegado a ser México?
- Ahora, la historia se difunde también en las revistas especializadas de historia.

*MOMENTOS:*

a) Generación de Cosío Villegas y el padre Garibay

3.1 Nacidos hacia 1892 (entre 1885 y 1899) (Presidentes: Cárdenas y Ávila Camacho)

Producción (de 30 a 75 años): 1922 a 1967

*Generación de la construcción del México revolucionario* (1922-1952).

Irrumpe 1915

1886-1945 Joaquín Ramírez Cabañas

1886-1954 Francisco Castillo Nájera

1887-1937 Genaro Estrada

1887-1959 José de Jesús Núñez y Domínguez

1887-1976 Martín Luis Guzmán

1888-1941 Francisco Pérez Salazar

1888-1959 Alfonso Reyes

1888-1961 Artemio del Valle Arizpe

1888-1962 Alfonso Teja Zabre

1888-1981 José Ignacio Dávila Garibi

1889-1944 José López Portillo y Weber  
1889-1876 José C. Valadés  
1890-1945 Miguel Othón de Mendizábal  
1890-1955 Manuel Toussaint  
1890-1959 Atanasio G. Saravia  
1890-1985 Eulalia Guzmán  
1891-1962 Federico Gómez de Orozco  
1892-1963 Pablo Martínez del Río  
1892-1967 Angel María Garibay  
1892-1985 Jesús Silva Herzog  
1893-1956 Rafael García Granados  
1893-1974 José Joaquín Izquierdo  
1894-1971 Ermilo Pérez Abreu  
1894-1980 Alberto Pradeu Avilés  
1895-1956 José Mancisidor  
1895-1988 Lucio Mendieta y Núñez  
1896-1960 Julio Jiménez Rueda  
1896-1971 Joaquín Meade  
1896-1989 Francisco R. Almada  
1896-1990 Carlos Pérez Maldonado  
1897-1943 Rafael Ramos Pedrueza  
1897-1967 Armando de Maria y Campos  
1898-1968 José Bravo Ugarte  
1898-1976 Daniel Cosío Villegas  
1899- Alfonso Taracena

b) Generación de O’Gorman y Silvio Zavala

3.2 Nacidos hacia 1907 (entre 1900 y 1914) (Presidentes: Alemán, López Mateos y Díaz Ordaz)

Producción (de 30 a 75 años): 1937 a 1982

*Generación del “milagro mexicano”* (1937-1967). Irrumpe 1940

1900-1977 José Cornejo Franco

1901-1966 Luis Chávez Orozco

1901-1973 Gilberto Loyo

1901- Antonio Martínez Báez

1902-1981 Jorge Fernando Iturribarria  
 1903-1984 Daniel Olmedo  
 1904-1972 Justino Fernández  
 1904-1973 Salvador Novo  
 1904-1979 Manuel González Ramírez  
 1904-1980 Agustín Yáñez  
 1904-1988 Jorge Ignacio Rubio Mañé  
 1904-1994 Antonio Pompa y Pompa  
 1905-1949 Gabriel Méndez Plancarte  
 1906-1995 Edmundo O'Gorman  
 1907-1974 Carlos A. Echánove Trujillo  
 1908-1987 José Miguel Quintana  
 1908-1996 Gonzalo Aguirre Beltrán  
 1909-1955 Alfonso Méndez Plancarte  
 1909-1970 Luis Islas García  
 1909-1985 Wigberto Jiménez Moreno  
 1909- Silvio Zavala  
 1910-1992 Ignacio Bernal  
 1911-2000 Fernando Benítez  
 1911- Felipe López Rosado  
 1912-1949 Salvador Toscano  
 1912- Raúl Guerrero Guerrero  
 1912- Leopoldo Zea  
 1913-1971 Agustín Cué Cánovas  
 1913-1972 Francisco de la Maza  
 1914-1998 Octavio Paz  
 1914- José E. Iturriaga

c) Generación de Luis González y León-Portilla

3.3 Nacidos hacia 1922 (entre 1915 y 1929) (Presidentes: Echeverría y López Portillo)

Producción (de 30 a 75 años): 1952 a 1997

*Generación de los últimos hijos de la Revolución* (1952-1982), Irrumpe 1952

1915-1980 Arturo Arnáiz y Freg

1916- Clementina Díaz y de Ovando

- 1917-1978 Manuel Carrera Stampa  
 1917-1979 Jorge Gurría Lacroix  
 1917-1988 Guillermo Porras Muñoz  
 1917-1992 Alfonso García Ruíz  
 1917- Ernesto de la Torre Villar  
 1918- José Luis Martínez  
 1919-1986 José Fuentes Mares  
 1919- Rafael Montejano y Aguiñaga  
 1920- Carlos Alvear Acevedo  
 1920- Enrique Cárdenas de la Peña  
 1920- Román Piña Chan  
 1921-1985 Jesús Reyes Heróles  
 1921- José López Portillo  
 1922- Pablo González Casanova  
 1922- Luis Weckman Muñoz  
 1923-1980 Martín Quirarte  
 1923- Israel Cavazos Garza  
 1924- Carlos Martínez Marín  
 1925- Luis González y González  
 1925-2000 Guadalupe Pérez San Vicente  
 1925- Ida Rodríguez Prampolini  
 1926-1994 Francisco López Cámara  
 1926- Moisés González Navarro  
 1926- Miguel León-Portilla  
 1926- María del Carmen Ruiz Castañeda  
 1926- Beatriz Ruiz Gaytán  
 1927- Berta Ulloa  
 1928- Carlos Fuentes  
 1929- Beatriz de la Fuente

Quizás una obra representativa de este periodo pudiera ser la de Edmundo O’Gorman (*La invención de América, Meditaciones del criollismo, México, el trauma de su historia*). En *La supervivencia política novohispana* don Edmundo explica cómo México, esa realidad histórica en la que se vive, no es sino el resultado de

movimientos y acciones históricas precisos:

Digamos, entonces, que México ni es una entidad metafísica que supuestamente se manifestó como una Venus salida del mar, al consumarse la independencia, ni tampoco es una entidad sustancial que supuestamente impulsó su previa existencia al abrigo del triunfo de las armas republicanas. México es lo que es, porque ha sido la realización de una entre otras posibilidades históricas, lograda gracias al esfuerzo y a las virtudes de unos hombres eminentes. El ser de México, por lo tanto, radica en el modo en que esos hombres concibieron y a la manera cabal en que cumplieron sus responsabilidades en la esfera de los intereses de la nación. Tal es la esencia de toda entidad histórica; tal, pues, la de México: proceso que se despliega en la historia y que descansa en y depende de la responsabilidad de sus hijos.<sup>12</sup>

En el interés por seguir exponiendo ante los demás —el público lector, los alumnos en el salón de clase, los colegas en congresos y academias— la *real* imagen de lo que es y ha sido México, Miguel León-Portilla, por ejemplo, se acerca a lo prehispánico con una mirada amplia y comprensiva, que sabe que para entender a aquellos “antiguos mexicanos” —“antiguos”, sí, pero ya “mexicanos”— lo mejor será partir de la manera misma en que ellos se comprendieron a sí propios, plasmada en sus “crónicas y cantares”, rescatados en una erudita investigación. Define así el sentido de su obra:

Imagen o visión de una gran cultura, se reflejarán en ella no tanto los hechos escuetos, cuanto la interpretación que les dieron los sabios e historiadores nahuas que participaron en ellos... De lo que fue su versión maravillosa, casi mágica, el presente libro será tan sólo un trasunto: afanoso intento de repetir “las palabras verdaderas” que dejaron dichas los sabios antiguos.<sup>13</sup>

---

12 Edmundo O’Gorman, *La supervivencia política novohispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*, 4ª. ed., México, Universidad Iberoamericana, 1986, 93 pp., p. 10. Originalmente, este ensayo se editó durante 1967, en un libro conmemorativo del centenario del triunfo de la República sobre el Imperio, patrocinado y publicado por la Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

13 Miguel León-Portilla, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México, SEP, 1983 (Lecturas mexicanas, 3), 198 pp., p. 12. La publicación primera de ese texto es de 1961.

La última generación de este periodo, ya de transición hacia una forma radicalmente diferente de sentir y hacer la historia, sería la de gente como Eduardo Blanquel y Jorge Alberto Manrique:

3.4 Nacidos hacia 1937 (entre 1930 y 1944) (Presidente: de la Madrid)

Producción (de 30 a 75 años): 1967 a 2012

*Generación del 68* (1967-1997). Irrumpe 1968

- 1930- Margo Glantz
- 1931-1987 Eduardo Blanquel
- 1932- Luis Reyes de la Maza
- 1932- Josefina Zoraida Vázquez
- 1933- Jaime Litvak King
- 1934- Abelardo Villegas
- 1935- Romeo Flores Caballero
- 1936- Alfredo López Austin
- 1936- Jorge Alberto Manrique
- 1937- Arnaldo Córdova
- 1937- Enrique Florescano
- 1937- Ignacio del Río
- 1938- Carlos Monsiváis
- 1939- Teresa del Conde
- 1940-1988 Carlos Pereyra
- 1940- Eduardo Matos Moctezuma
- 1940- Eugenia Meyer
- 1940- Alejandra Moreno Toscano
- 1941- Carmen Castañeda
- 1941- Andrés Lira
- 1942- Carlos Herrejón
- 1942- Lorenzo Meyer
- 1942- Elías Trabulse
- 1943-1966 Roberto Moreno y de los Arcos
- 1943- Álvaro Matute
- 1944- Antonio García de León
- 1945- Gisela von Wobeser



No puede dejar de mencionarse que en esta etapa 3 resultó fundamental la participación de los historiadores españoles que se incorporaron a la vida académica nacional hacia 1940, algunos de ellos en su periodo plenamente productivo y otros más en proceso de formación, según su pertenencia a algunas de las siguientes cinco generaciones:

a) **Viejos: Altamira y Enrique Díez Canedo**

Nacidos hacia 1872 (entre 1865 y 1879)

*La generación del 98*, de Unamuno, Valle Inclán y Azorín (1902-1932)

1866-1952 Rafael Altamira

1877-1847 Francisco Barnés

1879-1944 Enrique Díez Canedo

b) **Adultos maduros: Millares Carlo y Bosch Gimpera**

Nacidos hacia 1887 (entre 1880 y 1894)

*La generación de Ortega y Gasset*, de León Felipe, Picasso y Azaña (1917-1947)

1886-1961 Luis Nicolau d'Olwer

1887-1955 José Moreno Villa

1891-1974 Pedro Bosch Gimpera

1893-1980 Agustín Millares Carlo

1894-1981 Modesto Bargalló

c) **Adultos ascendentes: Iglesia y Rocés**

Nacidos hacia 1902 (entre 1895 y 1909)

*La generación del 27 o de los nietos del 98*, de García Lorca, Buñuel y Dalí (1932-1962)

1897-1992 Wenceslao Rocés

1899-1963 José María Gallegos Rocafull

1900-1950 Eugenio Imaz

1900-1969 José Gaos

1900-1978 Juan Comas

1902- ¿? José Ignacio Mantecón

1903-1960 José Almoína

1903-1967 José Miranda

1904-1965 José María Miquel i Vergés

1905-1948 Ramón Iglesia

d) Jóvenes: Ortega y Medina y Bosch García

Nacidos hacia 1917 (entre 1910 y 1924)

*La generación de los jóvenes de la Guerra Civil*, de Cela, Torrente Ballester, Santiago Carrillo y Fraga Iribarne

1911-1973 Germán Somolinos d'Ardois

1911- Javier Malagón Barceló

1913-1992 Juan A. Ortega y Medina

1916- Víctor Alba

1917-1980 Ángel Palerm

1919-1994 Carlos Bosch García

1921- Pedro Carrasco

1922- Luis Villoro

e) Niños: García Riera y Jan Somolinos

Nacidos hacia 1932 (entre 1925 y 1939)

*La generación de los niños de la Guerra Civil y los adultos de la restauración de la monarquía*, de Juan Carlos, Adolfo Suárez y Vázquez Montalbán (1962-1992)

1931- Emilio García Riera

1934-199? Jan Somolinos Palencia

Con respecto a estos historiadores peninsulares, cabe decir que si bien la llegada de los “viejos” y “adultos maduros” fue importante por significar la presencia en el país de quienes ya habían desarrollado una labor historiográfica de consideración, más significativa fue la incorporación de quienes, “adultos ascendentes” entonces, aportaron su entusiasmo juvenil y la sólida preparación que habían abrevado en lo más vigente de la reflexión historiográfica y filosófica europea, uniéndose a la labor de renovación que para esas fechas iniciaban sus coetáneos de la generación de mexicanos nacidos entre 1900 y 1914, la que he llamado del “milagro mexicano”. La obra de los ibéricos entonces “jóvenes” o “niños”, en algunos casos fundamental, habrá de verificarse a partir de una formación prácticamente mexicana, que los asimilará a sus colegas de este lado del Atlántico.

Para ejemplificar el sentido de la aportación de los autores hispanos de esa promoción de los entonces “adultos ascendentes”, aquí se colocan sendos párrafos escritos por dos de ellos. El “historicista” Ramón Iglesia: “El historiador escribe, cualquiera que sea su pretensión de imparcialidad, desde un punto de vista determinado”.<sup>14</sup>

Y el “marxista” Wenceslao Roces:

Sin la pretensión de entrar aquí en el crucial problema de la cientificidad de la historia, sí me permitiré decir que, en la concepción, que yo profeso, de la unidad profunda de todas las ciencias humanas, es decir, sociales, la historicidad es una actitud científica fundamental que corresponde por esencia al mismo ser histórico del hombre y de la sociedad y se halla consustancialmente enterañada con la filosofía y la economía, con la concepción del mundo y con la materia de la vida social del hombre. Sólo la visión histórica del hombre y del mundo nos libra de caer, como ya se ha dicho, en las peligrosas aberraciones del apriorismo y del pensamiento anárquico u olímpico. Y, desde que existe la concepción materialista de la historia, que es, al mismo tiempo, dialécticamente, la concepción histórica de la materia social, sabemos hasta qué punto el enfoque histórico puede ser, si en la historia se busca la vida en movimiento, profundamente revolucionario, ya que la historia, certeramente concebida, es por esencia movimiento, cambio y transformación.<sup>15</sup>

#### 4. EN DEMANDA DE LA “MODERNIDAD”

Si se acepta la periodización propuesta, podrá estarse de acuerdo en que en los últimos tiempos, a partir aproximadamente de 1982 –aquel simbólico año del espectacular derrumbe de toda una concepción de la vida pública que simboliza el llanto y la desesperación de un presidente de la República en su último informe ante el Congreso de la Unión- o 1988 –fecha todavía más

---

14 Ramón Iglesia, “La historia y sus limitaciones”, en Matute, *op. cit.*, pp. 94-120, p. 104. Inicialmente, el ensayo se publicó durante 1940.

15 Wenceslao Roces, “Algunas consideraciones sobre el vicio del modernismo en la historia antigua”, en Matute, *op. cit.*, pp. 123-172, p. 168. Tales palabras de Roces datan de 1957

significativa por la explosión de expectativas de un futuro más plural e inclusivo para el país- puede advertirse el comienzo de una etapa distinta en la vida mexicana. En la materia a la que por ahora nos restringimos las novedades parecen apuntar en la dirección que se señala a continuación:

- Se estudia la historia para recrear el pasado (cuya consecuencia es el presente).
- El discurso del historiador está intelectualizado; en consecuencia, al historiador se le define ante todo como un intelectual.
- La mirada del historiador se dirige hacia el pasado y es pesimista.
- La pregunta clave a contestar es así de acuciante: ¿Hay un México?, así en el sentido de si lo que existe no son en realidad sino “muchos Méxicos” como en el más radical de si es posible todavía sostener la validez de las nacionalidades en un contexto de globalización.
- Para difundir la historia han empezado a utilizarse toda una serie de “nuevos medios” de cuya pertinencia todavía no cabe estar seguros: de la telenovela histórica a la Internet, de la realidad virtual a las publicaciones masivas de tomos llamativamente ilustrados como señuelo para la venta.

La única generación en plena actividad historiográfica de este nuevo periodo sería aquella a la que pertenecen, entre otros, Enrique Krauze y Guillermo Tovar y de Teresa; la siguiente apenas está en su fase de consolidación profesional, y de sus posibles integrantes no es fácil tener a la mano la fecha de nacimiento, puesto que aún no figuran en los diccionarios.

#### 4.1 Nacidos hacia 1952 (entre 1945 y 1959) (Presidentes: Salinas y Zedillo)

Producción (de 30 a 75 años): 1982 a 2027

*Generación de la “crisis permanente”, la globalización y la posmodernidad* (1982-2012). Irrumpe 1982

1946- Héctor Aguilar Camín

1946- Carlos Martínez Assad

- 1947- Enrique Krauze
- 1948-1992 José Guadalupe Victoria
- 1948- Alejandra Lajous
- 1950- Mauricio Beuchot
- 1950- Romana Falcón
- 1951- José Joaquín Blanco
- 1954- Ricardo Pérez Montfort
- 1954- Miguel Soto
- 1955- Guillermo Tovar y de Teresa

Por lo pronto, una obra representativa de la nueva forma de acercarse a la historia podría ser la de Enrique Krauze (*Siglo de caudillos, Biografía del poder, La presidencia imperial*). Del primero de tales textos he entresacado el siguiente párrafo, que me parece sintomático por su apertura para incluir dentro de la comprensión histórica del pasado nacional a personajes de la más diversa filiación doctrinaria y partidista:

Este maniqueísmo [-que advierte en la historiografía clásica nacional-] muestra que México no ha logrado reconciliarse con su pasado; por eso vive en la mentira o, mejor dicho, en la verdad a medias. Este libro es un intento de mirar con equilibrio y perspectiva el siglo XIX —trecho inicial de ese pasado—, sin el apremio de juzgar, condenar o absolver a sus personajes; más bien con el propósito de comprenderlos. No se trata de poner en la picota a las figuras consagradas ni de vincularlas con sus adversarios en una comunión falsa e imposible. Se trata, sí, de bajarlas del pedestal, mostrar sus rasgos específicos e íntimos, y dialogar con ellas como lo que fueron en su momento: personas de carne y hueso. Aquí no se rehúye el señalamiento de errores y faltas en personajes beatificados por la historia oficial ni la admisión de cualidades en hombres satanizados por ella, pero el espíritu de estas páginas no quiere ser ciegamente “revisionista”. Por eso se empeña en ponderar las virtudes cívicas de liberales y conservadores, su valor personal, la claridad y clarividencia de su pensamiento.<sup>16</sup>

---

16 Enrique Krauze, *Siglo de caudillos. Biografías políticas de México (1810-1910)*, Barcelona, Tusquets, 1994 (2ª. ed., México, 1994.)

Igualmente, también quiero copiar una cita de otro autor de la época, José Joaquín Blanco, quien ya por 1980 confesaba abiertamente el carácter lúdico y placentero que para él —como para muchos de sus coetáneos— contiene la actividad historiográfica:

¿Para qué la historia, entonces? Está la respuesta pública: para interpretar mejor el mundo, para cambiar la vida, para reconocer raíces y procesos, para defender algunas verdades, para denunciar los mecanismos de opresión, para fortalecer luchas libertarias. Y la privada: para vivir días que valgan la pena, alegres y dispuestos.<sup>17</sup>

Parecería que el tema central de interés para los historiadores en esta etapa ya no será sólo “México” sino “el mundo” o, quizás más específicamente, “México como parte del mundo”, “la historia de México como parte de la historia universal”. Así, la divisa a adoptar podría ser la de que “todo es historia”, en un cuádruple sentido:

1. Entender que en la historia nacional, para ir la construyendo, han participado todos los mexicanos por igual, los de una filiación partidista y los de la otra, los “buenos” y los “malos”, los “héroes” y los “traidores”, los dedicados a una o a otra actividad, los de todos los orígenes étnicos. La tarea del historiador debe ser ampliamente comprensiva.
2. La historia de México es parte de la historia universal. La tarea de los historiadores nacionales es entonces empezar a acercarse a la historia de todas las sociedades y de todos los tiempos.
3. Es posible y deseable historiar los más variados aspectos y dimensiones de la vida humana: lo social, lo político, lo artístico, lo religioso, lo militar, lo lúdico, lo cotidiano, lo científico, lo técnico, etcétera. Claro que cada investiga-

---

17 José Joaquín Blanco, “El placer de la historia”, en Carlos Pereyra et al., *Historia, ¿para qué?*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1980, 245 pp., pp. 75-89, p. 86.

dor de acuerdo con su propia especialización. Y asimismo son válidas las diversas parcelaciones del pretérito: cronológicas, geográficas, de género... Particularmente significativo es el arraigo que está alcanzando la historiografía regional, de acuerdo a múltiples enfoques y con una profesionalización que indudablemente ha rebasado los planteamientos asentados hace ya casi cuatro décadas en *Pueblo en vilo* y las “invitaciones a la microhistoria”

4. El fruto del trabajo del historiador puede presentarse a los demás a través de cualquier medio y de todo tipo de género literario, por supuesto que siempre y cuando lo que se diga corresponda a una labor historiográfica seria y que no pretenda dar a nadie “gato por liebre”.

Así concluyo por ahora el planteamiento de esta forma de periodizar a la historiografía mexicana. Sus implicaciones y consecuencias, creo, resultan bastante interesantes y de alcances no sólo para la historia de la composición de los textos históricos sino también para la de la política, la cultura y la sociedad mexicana en general. Habrá de continuarse en la investigación sobre el tema, pero confío en que los resultados preliminares que por ahora pongo a la consideración de los lectores sean apetitosos.

Hoy sabemos que la historia, como la vida humana a la que ella está referida, es múltiple y polivalente, que cualquier aspecto del pasado de los hombres es susceptible de ser abordado por el historiador, y desde cualquier perspectiva, con la sola condición de que su análisis sea emprendido con rigor metodológico y sin ánimo de tergiversación. Es decir, que todo es —que todo puede ser— historia.

Ahora, en estos tiempos de cambio de siglo, cuando toda la situación que encontramos alrededor invita a la renovación y al replanteamiento de enfoques, de expectativas y de programas de acción, así en lo local como en lo universal, parece el momento indicado para revisar lo que, en su ya casi bisecular existencia, ha significado para los mexicanos su propia mexicanidad. Y un

sitio bien adecuado para tal empresa es precisamente la interpretación historiográfica de lo que México y la nación mexicana puedan ser, en cuanto a su origen y su concreto desarrollo a través del tiempo. Contribuir de alguna manera a ello es el propósito del trabajo que he emprendido.

La apertura hacia todas las posibilidades del ser humano y la efectiva pluralidad cimentadas en un sólido reconocimiento del legado de las diversas tradiciones parecen ser los valores de los tiempos por venir. Estoy convencido de que para participar críticamente en este mundo en construcción no cabe mejor preparación que la revisión de nuestra historia.

#### NOTA BIBLIOGRÁFICA

La elaboración del catálogo de historiadores, la localización de éstos y de su obra habrá de iniciarse en la revisión de los diccionarios tipo el "Porrúa" (*Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, 6<sup>a</sup>. ed., corregida y aumentada, 4 vv., México, Porrúa, 1995) y la *Enciclopedia de México* (dirigida por José Rogelio Álvarez, en 14 tt.), y luego continuarse con la búsqueda en bibliotecas y en los registros de las instituciones vinculadas con ellos (por ejemplo centros de enseñanza e investigación y sociedades académicas). No puede olvidarse la existencia de bibliografías historiográficas que deben tomarse en cuenta. Dos útiles inventarios de historiadores mexicanos del siglo XX son el que hicieron Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort, precisamente titulado *Historiadores mexicanos del siglo XX* (México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Fondo de Cultura Económica, 1996) y el que coordinó Josefina Zoraida Vázquez para los *75 años de la Academia Mexicana de la Historia* (México, Academia Mexicana de la Historia, 1994, 246 pp.), con pequeñas biografías de quienes han sido miembros de esa institución.



Una magnífica bibliografía sobre el tema es la que está en *El oficio de historiar*, de Luis González, en su edición de Clío, 1995 (pp. 216-2345 y 331-341), sobre todo la parte “III. Historia de la historia” (pp. 226-231). De los textos allí mencionados destacan en importancia para nuestro tema *Memoria mexicana. Ensayo sobre la reconstrucción del pasado*, de Enrique Florescano; *Panorama actual de la historiografía mexicana* (Instituto Mora, 1983); *Las humanidades en México. 1950-1975* (UNAM, 1978) y *Veinticinco años de investigación histórica en México* (El Colegio de México, 1966).

Coordinado por Enrique Florescano está el número 82 de *Historia mexicana*, de octubre-diciembre de 1971, en el vigésimo aniversario de la revista. Artículos importantes sobre historiografía en la misma publicación trimestral de El Colegio de México se hallan en sus números 39, “Historiografía del México independiente”, de Robert A. Potash; 53, “Historiografía latinoamericana”, de Stanley J. Stein; 85, “El historiador español exiliado en México”, de Javier Malagón Barceló y 166, “México e Hispanoamérica. Una reflexión historiográfica en el Quinto Centenario” (todo el tomo). Del mencionado Florescano es *El nuevo pasado mexicano* (México, Cal y arena, 1992). Acerca de los españoles trasterados existe el grueso libro *El exilio español en México*, de Juan A. Ortega y Medina.

En cuanto a historiografía regional, lo primero fueron los mil títulos recopilados por Luis González en *Invitación a la microhistoria* (Sep/Setentas, 72, de 1973, pp. 73-186). Más recientes son *Balance y perspectivas de los estudios regionales en México*, coordinado por Carlos Martínez Assad (México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades. UNAM. Miguel Ángel Porrúa, 1990), *Región e historia en México (1700-1850). Métodos de análisis regional* (México, Instituto Mora. UAM, 1991), compilado por Pedro Pérez Herrero) y el número 72 de la revista *Relaciones. Estudios de historia y sociedad* del Colegio de Michoacán, del otoño de 1997.

Hacia el final de la *Historia de México* de Salvat puede leerse “La cultura humanística”, de Luis González (t. X, pp. 133-184).

Acerca de la teoría de la historia, las dos obras fundamentales son la del doctor Ortega y Medina (*Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, notas bibliográficas e índice analítico por Eugenia Meyer, México, UNAM, IIH, 1970, 475 pp.), para el siglo XIX y la de Álvaro Matute (*La teoría de la historia en México*, ya citada en la nota 2), para los primeros dos tercios del XX. Para lo más reciente pueden consultarse *Historia, ¿para qué?* (ver nota 17), *El historiador frente a la historia. Corrientes historiográficas actuales* (IIH, 1992) y *Reflexiones sobre el oficio del historiador* (IIH, 1995). Últimamente, el doctor Matute ha iniciado la publicación de una obra intitulada *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX*, cuya primera parte, *La desintegración del positivismo (1911-1935)* ya apareció bajo el sello editorial del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y el Fondo de Cultura Económica.

Con respecto a la parte teórica del método de las generaciones se encuentran los libros de Julián Marías *El método histórico de las generaciones*, *La estructura social*, *Literatura y generaciones* y *Generaciones y constelaciones*. Acerca de su aplicación en la historia mexicana no es mucho lo que hay: Wigberto Jiménez Moreno, quien habló bastante de ello, casi no dejó nada escrito; Enrique Krauze toca varias veces tangencialmente el tema; y José Antonio Matesanz escribió hace muchos años el artículo “Las ideas y las generaciones intelectuales”. Empero, poseemos el precioso texto, estupendamente escrito como todo lo suyo, de Luis González, *La ronda de las generaciones* (ver notas 3 y 4).

Sobre la historia del libro, de su edición y de la lectura, el punto de arranque son las obras compuestas por Roger Chartier.

Por último, tocantes a las maneras contemporáneas de acercarse al pasado más frecuentadas en el orbe occidental de nuestros días, para otear qué tanto las siguen nuestros historiadores, quizás dos de los textos fundamentales traducidos al español sean

*Hacer la historia*, coordinado por Jacques Le Goff y *Formas de hacer historia*, por Peter Burke, el uno francés y el otro inglés. ❁

